

EL NEOCOLONIALISMO EUROPEO EN ESPAÑA

Nos hemos pasado tantos años anatemizando el colonialismo clásico y ruidoso que hemos facilitado los brotes de otros colonialismos, no por disfrazados menos peligrosos. Y entre ellos el que se ejerce, siquiera sea en una fase iniciativa—pero ya dañina—, por grupos u organizaciones europeas, no sobre los conocidos escenarios de Africa, Asia, el Pacífico y aun América, sino dentro del área geográfica europea, sobre un país de añeja tradición independiente y que contribuyó en el pasado a sostener y rehacer Europa en beneficio de quienes ahora la hostigan.

En el colonialismo clásico, una metrópoli—a veces por intermedio de una compañía mayestática—, o cuando más varias asociadas, se imponían política y militarmente sobre el país colonizado o sobre una parte de él. Luego, y por añadidura, venían las penetraciones financieras y económicas, las culturales y las demográficas. El orden de esos factores podía ser alterado. En definitiva, y pese a que los vientos anticolonialistas del último medio siglo han puesto su atención sobre los abusos y los excesos de aquel fenómeno, el poder colonizador tenía una personalidad y una responsabilidad, y el balance de su obra podía—sobre todo examinando a distancia sus resultados—ofrecer un saldo aceptable. España fue martirizada y saqueada por Roma, y en lugar de un indigenismo neurótico los españoles se sienten orgullosos de su filiación y de su cultura romana. Menos suerte ha tenido España en Indias, porque ¡a estas alturas! se sigue haciendo de Las Casas un santo y de Cortés un bandolero. Los sacrificios humanos eran respetables si se producían en ceremonias indígenas y lo contrario si tenían lugar en las refriegas entre los penetradores y los penetrados. Inútil recordar que la leyenda negra se forjó como instrumento europeo de lucha contra el poder hispánico por los aspirantes a sucesores—más duñamente—y no a liberadores. Aún quedan en América muchos Belices, Malvinas y Antillas menores—sin nombrar canales y bases—que gozan del apoyo de los «anticolonialistas» de dirección única, todos ellos autoclasificados como progresistas.

Pero en recientes tiempos ha brotado el llamado neocolonialismo, que ha tenido también un trato desigual y un teóricamente sorprendente rebrote: el que pretenden ejercer metrópolis más o menos desahuciadas en ultramar (aunque conservan sabrosas ventajas y posiciones) sobre otros europeos, acudiendo a los pretextos, más viejos y más nuevos, que imaginarse quepa. Pues el neocolonialismo intentado fuera de Europa ha provocado reacciones muy ruidosas, desde Bandung a Dar-es-Salaam, en imponentes areópagos.

Pensamos concretamente en la situación actual de España. En un momento difícil y delicado para un país, que ha anunciado e iniciado una revisión elásticamente incalculable de los patrones políticos —y también sociales y económicos— que la han dirigido durante casi cuarenta años, a la desembocadura de una sangrienta guerra, en la que medio mundo intervino, y no con fines altruistas, sino prolongando una crisis que la dejó muy débil, justamente en visperas de la Segunda Gran Guerra, viva en asechanzas para lanzarla al incendio, con el previsible resultado de recibir mucho más daño, fuera quien fuera el bando vencedor. Y en medio de los ecos propios de una crisis mundial que nadie desconoce.

Al calor del internacionalismo (¿y por qué no, universalidad?) de las corrientes ideológicas, así como invocando interdependencia y la interpenetración de intereses, media Europa —o más— se ha lanzado a intervenir en el proceso transformativo español, pasando del impertinente platonismo de mentor a la intolerable y peligrosa intervención excitadora de los grupos que se muestran menos solidarios de los otros hispánicos o más irresponsables en su elemental creencia de que los mentores («hermanos mayores») van a ser desinteresados: «justos, buenos y benéficos» en los términos de la Constitución de 1812.

Estamos asistiendo a un doble e inacabable desfile público, flanqueado por otras corrientes peores y más sordas. Una ya larga serie de personajes y subpersonajes de todas las filiaciones y colores acude incansablemente a los grandes foros mundiales o a lugares que clasifica como tales —desde Nueva York y Washington a Moscú y Bucarest, pasando con insistencia por Londres, París, Roma, Bruselas, Estrasburgo y otras urbes nórdicas—, a fin de exponer en encontrado paralelo las tesis del sector que representan o que entienden representar. Ilustres políticos españoles han expuesto los angélicos impulsos que llevan a nuestro país hacia la democracia, aproximándose con ello a los modelos visitados y el anhelo de ingresar en los organismos influidos por las cancillerías visitadas. Citamos nominalmente a dos europeos: el

Consejo de Europa y la Comunidad Económica Europea. Intrépidos aspirantes a estadistas u otros puestos semejantes han rectificando las primeras exposiciones, razonando lo pérfido de la propaganda oficial, porque el monopolio del camino a la democracia lo poseen ellos. Los visitantes casi se han pisado los talones a veces. En consecuencia, hay que excluir a España, forzando el cambio de sistema, de equipo y de rumbos. El ardor meridional de muchas exposiciones de ese tipo ha llevado a sugerencias gratas y rápidamente acogidas, porque sus resultados se combinan con la política de no dejar que prospere un posible país competidor, practicado sin distinguir entre los regímenes políticos españoles: boicots turísticos, vetos comerciales, asaltos a centros, etcétera. Todo ello entremezclado con una política de raidez financiera, favorecida por españoles que no suelen ser de la cuerda democrática tronante: los exportadores de capital, que como las ratas cuando el el barco hace agua, quieren saltar primero para salvarse en solitario. Claro que también entra capital extranjero en España: para financiar a quienes auxilien —desde cualquier ángulo— a los mentores exteriores. Y así estamos viendo que los programas y contraprogramas españoles son zarandeados y alterados, secundum barbaris magisteris dixit, mientras sufren inacabables paradas o dilaciones los esfuerzos aproximativos de la España oficial, objeto de consejos y anatemas, cada vez más detallados y ásperos. Actitud que muchos nos tememos que se repetiría si el timón de la nave hispánica diera un bandazo total. Ahora, porque no se hace nada o casi nada; luego, porque se había hecho mucho o demasiado. Imposible complacer a tantos mentores, coincidentes entre sí en un impublicado designio: prolongar su injerencia y sacar los dividendos posibles de ella. Las sonrisas que se prodigan al fraterno Portugal huelen a consuelo porque ha dejado un rico ultramar disputable.

Ya hemos visto que países que persiguen férreamente a sus minorías, incluso con lujo de plenos poderes y medidas de destrucción o torturas, se permiten animar los estallidos en España, pero incrementando su hostilidad antiespañola en los viejos problemas enquistados. ¿Cuándo se hubiera atrevido a decir Joshua Hassán que el pleito del Peñón es «entre Gibraltar y España»? Nosotros nunca hemos dicho que sea entre La Línea y Gran Bretaña. Y ya vemos que del compromiso Kergalay-Ullastres no queda ni polvo. Hasta en alguna reunión celebrada en Madrid se han escuchado vulgares groserías hacia los anfitriones. Por lo demás, es cada día más difícil distinguir entre los amigos oficiales —dotados con sabrosas contrapartidas—, los espontá-

neos y los que ni eso quieren ser, y de los demodés originarios democráticos europeos, con flancos en las democracias atómicas norteamericana y soviética, se ha ido pasando a adhesiones y agregados sorprendentes.

En Madrid se ha despachado a su gusto la «oposición de S. M.» —evocador título— marroquí, que después del triunfo democrático que supuso la Marcha Verde pretenden marchas más cortas, pero con mayor concentración de vecinos españoles a los que apartar.

Si todo eso no es neocolonialismo, y del peor, que se nos diga qué es. Tenemos a la vista no los textos genéricos en que se define y condena aquél—desde la carta de San Francisco a las Resoluciones 1541 (XV), 1803 (XVII), 2158 (XXI) y 2160 (XXI)—, para ir derivando a la declaración muy específica y atenente al caso, formulada en 21 de diciembre de 1965 por la Asamblea General de la ONU con el número 2131 (XX), proscribiendo la intervención en los asuntos internos de los Estados para proteger su independencia y soberanía. Ninguno de sus ocho puntos tiene desperdicio. Y no se diga que se refiere a Estados y no a grupos políticos, pluri, multi o internacionales; porque a nadie engaña la consabida distribución de papeles entre las mismas gentes con mero trueque de rótulos. Ya en 1914 se decía que «un ministro socialista no es necesariamente un socialista ministro». En la actualidad está claro que la fraternidad ideológica internacional—en cualquier grupo de derechas o de izquierdas—se combina con los intereses nacionales de quienes encarnan la dirección de aquél. Y si son varios, el problema es el de la armonía interior; no el de la disparidad de postura ante el neocolonizado en común. El juego ha hecho mucho daño a nuestro país, tan necesitado no de trato de favor, sino de simple trato correcto.

Queremos ser optimistas—claro que esforzándonos—al recordar que China, Tailandia (entonces Siam), Irán (entonces Persia), Turquía (entonces el Imperio otomano), Egipto, Marruecos y varios países del Caribe superaron, a través de caminos diferentes, los colonialismos colectivos que padecieron en los últimos cien años. Pero el optimismo necesita el respaldo de la acción propia cuando menos prudente y atenta hacia las maniobras ajenas, si no impidiéndolas, al menos no dándolas facilidades. Sentido de responsabilidad y también, a la vez, del decoro nacional, que no es un lirismo en quienes bajo cualquier postura peregrina, exponen, sugieren y oyen. Sus propósitos no negamos a priori que no sean sinceros (aunque ingenuos por lo menos). Los resultados ya debieran haber aleccionado bastante; porque no hay

país por débil o pequeño que sea sin un mínimo de capacidad defensiva para prevenir su subsistencia: que de eso se trata al final.

Permitanos el lector que concluyamos con una anécdota de doloroso origen real. Cierta buen preste de alguna población del norte hispánico, entre el Cantábrico y el Ebro, se quejaba de que por no ser sus coterreños negros congolese no habían obtenido la autodeterminación. Concidimos con él, sin ser tan buenos, tan prestes ni tan cantábricos. Si España fuera afroasiática no habría conocido este neocolonialismo europeo, gozando incluso de respeto para los disparates que hiciera. Pero como, pese a las negativas solemnes, sí es europea, el neocolonialismo de su maltrecho subcontinente cae machaconamente sobre ella.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

